

Recordando a Elsa Malvido

Ingeborg Montero Alarcón*

La historiadora Elsa Malvido, quien trabajó durante más de 40 años en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), donde desarrolló diversas investigaciones en torno a la salud, la enfermedad y la muerte entre los mexicanos, falleció la madrugada de este sábado a los 70 años, a causa del cáncer.

Periódico *La Jornada*, martes 12 de abril de 2011, p. 8

La noticia aparecía en los diarios con retraso de días y me volvió a doler: conocí a Elsa hace 25 años, cuando Amelia Lara, entonces directora del Museo Nacional de Historia, me llamó para decirme: “Llegó una invitación para participar en un taller de estudios sobre la muerte y estoy segura que a ti te va a interesar”. Al día siguiente me dirigí a las oficinas de la Dirección de Estudios Históricos. Iba “muerta de miedo”, ya que siendo fototecaria y no investigadora, pensé que no sería bien recibida; sin embargo fui admitida cálidamente. A partir de ese momento, tres días al mes (dos martes y un miércoles) trabajé estrechamente con Elsa Malvido, con quien aprendí cosas que ignoraba, y me relacione con gente que tenía los mismos intereses, pero sobre todo me contagié de la pasión de Elsa por la muerte. Para ella, “el mexicano se ríe de la muerte del otro, ante el temor y el miedo de morir él mismo. Pero en realidad nadie quiere morir, ni la Malvido, aunque todos vamos a llegar a la muerte”.

Elsa nació el 14 de febrero de 1941 en la Ciudad de México y estudió periodismo en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ingresó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, donde encontró su vocación: la historia. Realizó dos maestrías en historia, una en el Colegio de México y otra en la UNAM. Fue investigadora y especialista en estudios demográficos, de la salud y de la muerte.

Mi labor en el taller radicaba en coordinar los eventos que se realizaban para celebrar las fiestas de Fieles Difuntos. Estos consistían en un coloquio donde, con un tema determinado, se presentaban de tres a seis ponencias de investigadores de diversas instituciones de todo el país y compañeros del INAH, quienes exponían sus trabajos. Posteriormente había un concierto y, como buenos mexicanos, terminábamos en guateque bailando y comiendo tamales –dicho sea de paso, a Elsa le encantaba bailar–. En estos eventos siempre estaba presente su tesis de que “estas fiestas no tienen nada que ver con lo prehispánico y es mentira que en México nos burlemos de la muerte”.

Elsa siempre nos decía: “Poco a poco la gente empezó a asistir a los cementerios a visitar a sus difuntos, después de la verbena del Día de Muertos, realizada el dos de noviembre en las iglesias. Estos sitios se localizaban fuera de la población y los visitantes adornaban sus tumbas con mantones, encajes, flores y candelabros y comían allí, debido a la lejanía del lugar, pero no para departir con los muertos como se cree”. Así hicimos en el Museo Nacional de Historia la exposición *Velas y candelas en la vida y en la muerte*, que terminó con el espectáculo de una vela oaxaqueña.

Elsa publicó múltiples trabajos sobre la historia de la salud en México, la demografía histórica y las epidemias surgidas en diferentes épocas. Asimismo, dictó conferencias sobre estas temáticas en Estados Unidos, Costa Rica, Perú, Venezuela, Chile, Argentina y Europa. Era coordinadora del Seminario de Estudios sobre la Muerte de la DEH, en donde fundó y se encargaba del Taller de Estudios sobre la Muerte. El año pasado organizó el Congreso Internacional Salud-Enfermedad. De la Prehistoria al Siglo XXI, y estaba a cargo de la organización del correspondiente a este año a realizarse

en Campeche. Otro tema que llevamos a cabo fue: “Hay muertos que si hacen ruido”, tema desarrollado en referencia a las muertes por el poder en la época de la Revolución. Para Elsa: “El movimiento político e intelectual que se dio durante el gobierno de Lázaro Cárdenas redescubrió el mundo indígena de México. A partir de ese momento los intelectuales, comunistas, anticlericales y masones transformaron las fiestas de la muerte e insistieron en que el festejo era de origen prehispánico.

En la muestra titulada *El jinete de la muerte*, en referencia al cólera morbus, un grupo de alumnos de la escuela de teatro del INBA, para cubrir su servicio social, hicieron una obra que posteriormente, debido a la nueva entrada de la epidemia a México, fue contratada por la Secretaría de Salud para ser exhibida en diversos puntos de la capital y el Estado de México. Sobre este tema, “La Malvada”, como algunos le decíamos y ella celebraba, nos contaba que hacía 35 años, cuando iniciaba sus investigaciones sobre la demografía histórica de México, en un proyecto interdisciplinario enfocado en Cholula, Puebla, trabajó con los libros parroquiales, donde se asentaban las partidas de bautizos, matrimonios y funciones de la iglesia en la época colonial, y decía: “Uno de los problemas con los que me encontré fue que las grandes epidemias devastaban a las poblaciones. Este tema me obligó a trabajar sobre la muerte y la historia de las enfermedades infectocontagiosas. La mortalidad es la variable que determinó, hasta 1960, el comportamiento global de la población”.

Como historiadora, Malvido nos deja una herencia intelectual valiosa, derivada de su audacia interpretativa y rigor profesional. La profesora Malvido, con gran sentido del humor y reciedumbre, enfrentó a la muerte estudiándola, siempre aguda, severa en la crítica y mordaz en el comentario, a menudo tenía una nota de humor ácido que refrescaba las discusiones más enconadas. Nos plati-



Fotografía Archivo INAH

caba: “Al término del entierro se realizaba un banquete o comilona, de ahí la conocida frase: ‘El muerto al pozo y el vivo al gozo’. Esta celebración es universal; en algunas culturas, como en Europa del Este, se comía al muerto. El pan de muerto y las reliquias de los santos son una reproducción que significa ‘comerte al muerto o hacer comunión con los santos’. Para este momento, el proyecto de congreso Salud-Enfermedad. De la Prehistoria al Siglo XXI funcionaba con gran éxito. En el primer y segundo congreso, la dra. Lorenza Flores y yo presentamos un trabajo sobre enfermedades profesionales en el INAH. Para uno de estos congresos montamos la exposición *Las calaveras de Colón*, la cual acompañamos con otra obra de teatro con el mismo grupo del INBA, en donde se hablaba de las condiciones de salud de las expediciones europeas a las tierras recientemente descubiertas. Esta exposición la llevamos al Fuerte de San Diego, en Acapulco. Como para este momento contábamos con apoyos importantes de varios centros de trabajo, ubicamos en el Museo Spratling un coloquio y exposición con el tema *Máscaras mortuorias*.

Elsa Malvido trabajó aspectos poco estudiados que tenían que ver con la muerte, como los ritos y entierros, la salud, la herbolaria, así como la concepción, formación y desarrollo del homo sapiens, que conducen a que el hombre entierre a sus muertos y les ponga flores.

En el Seguro Social en la Ciudad de Toluca presentamos *Médicos, curanderos y demás yerbas*, programa que nos dejó

grandes satisfacciones porque con esta exposición el proyecto de salud-enfermedad incidía en la comunidad médica, la cual se abría a la discusión con respecto a técnicas alternativas en una época en la que se hablaba de salud para todos en el año 2000. Otro evento con este concepto fue la muestra *Sobre el muerto las coronas*, mediante la cual se exploró la producción, distribución e iconografía de las diversas flores que tienen como destino los ritos funerarios. Algunos de estos proyectos se volvieron itinerantes y así fuimos a Guadalajara, Pachuca y Puebla.

Por razones personales me jubilé. Un año después fui invitada a trabajar al Museo Universitario del Chopo. Acepto el trabajo con la condición de tener tiempo para poder continuar asistiendo al Taller de Estudios sobre la Muerte, lo cual me es permitido. Aquí, con el apoyo de Alma Rosa Jiménez, directora del museo, continuamos con nuestro proyecto y presentamos: *Ritos mortuorios en diversas partes del mundo*, *Las momias y sus rituales*, *Homenaje a Arnold Belkin* (quien además de ser un magnífico pintor fue director de este museo), *Viva el mole de guajolote*, *recordando a los estridentistas* y *De que los hay los hay, fantasmas y aparecidos*.

Elsa siempre tuvo en mente que uno de los cementerios más característicos durante la Colonia fue el de la Santa Veracruz de San Juan del Río, en Querétaro, el cual se construyó en 1855 como resultado de la segunda pandemia de cólera morbo. Las familias ricas no aceptaron enterrarse en el cementerio civil común y establecieron éste junto a la iglesia, en lo alto y fuera del poblado, para evitar los vientos que levantaban los miasmas (microbios), de acuerdo con la legislación borbónica; de ahí el origen católico del Día de Muertos. Fue así que Elsa trabajó hasta fundar en 1996 en este sitio el Museo de la Muerte. Para los coloquios, además de siempre mantener un alto nivel académico, en la música contamos con la Escuela Nacional de Música de la UNAM, con el grupo Adictos a Cantar y con Benjamín y su grupo de jazz. Todas estas actividades las realicé bajo la dirección de Elsa. Elsa no sólo estaba pendiente de esto, también organizaba, coordinaba, buscaba espacios, ponentes, recursos para el congreso que se realizaba un año en el D.F. y el otro en diversos Estados de la República. El resto del año estudiaba, rascaba archivos, escribía, publicaba, corregía tesis, buscaba momias, enterramientos, asistía a congresos, visitaba museos, impartía conferencias, tomaba alcoholes, bailaba; fue madre, abuela y pilar de su familia. Además, formó parte de diversos proyectos de investigación del INAH, entre ellos “Chapultepec, cementerio de San Miguel Chapultepec”, “Las catacumbas del Templo de San Agustín, Aguascalientes”, y “Las momias de México”, en el que hizo labor de catalogación para la Dirección de Antropología Física de este instituto, con el cual colaboró más de cuatro décadas.

Protegida por todos los santos protectores de la muerte, epidemias y pestes, formo su cofradía. La muerte fue para Elsa su proyecto de vida, al que le dedicó, decía, “más fidelidad que a mi vida conyugal”. Elsa Malvido, “La Malvada”, fue sobrecargo, estudió Ciencias Políticas, fue una historiadora intachable, mujer controvertida, aguerrida, valiente, solidaria, gran amiga. Investigó la muerte y su historia e impacto en la cultura mexicana, desde la era prehispánica hasta la actualidad. Luchó estoicamente tres años contra un cáncer terrible sin quejas. Trabajó hasta el último día de su vida y enfrentó a la muerte como sólo ella lo podría hacer, logrando tener una buena muerte. Nos deja con su actitud una gran lección, con su tesón e inteligencia un legado basto e importantísimo para la investigación histórica.

Querida Elsa: donde quiera que estés, los integrantes de tu cofradía continuarán tu camino, la semilla quedó tatuada en nuestras vidas y prometemos llevar con dignidad y respeto la estafeta. Esperamos que no descanses en paz, pues eso no fue lo tuyo ❖

* Seminario de Estudios sobre la Muerte de la Dirección de Estudios Históricos, INAH